

H. L. Mencken

De la felicidad  
y otros escritos

SELECCIÓN, INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN

Íñigo García Ureta

t  
trama  
EDITORIAL.ES

© De todos los textos,  
The Friends of the H. L. Mencken House

© De la traducción e introducción, Íñigo García Ureta, 2018

Imágenes de cubierta y pág. 166:  
Collages sobre fotos del autor, de autor desconocido

Fotografía pág. 2: Mencken en su 70 cumpleaños  
© Robert F. Kniesche, *Baltimore Sun* photo

© De esta edición, Trama editorial, 2018  
Blanca de Navarra, 6  
28010 Madrid  
Tel.: 91 702 41 54  
trama@tramaeditorial.es  
www.tramaeditorial.es

ISBN: 978-84-945692-6-5  
Depósito legal: M-3695-2018

Impreso en España  
Realización gráfica: Calamar

# Índice

«Algo que de algún modo desacredita a alguien»	9
<i>Íñigo García Ureta</i>	

De la felicidad	15
En qué creo	22
Las iglesias y la Gran Depresión	42
Consejos a los jóvenes	48

## ¡MALDICIÓN! UN LIBRO DE CALUMNIAS

‘Pater Patriæ’	61
La recompensa del artista	63
Lo heroico, tenido en cuenta	64
La carga del humor	66
Gracia salvadora	69
Indignación moral	70
Nombres de establo	73
Los judíos	75

La premisa de Comstock	78
La infamia labial	79
Un asceta de verdad	84
Sobre la mentira	86
La historia	88
La maldición de la civilización	90
Los eugenistas	91
Los dioses bromistas	93
La guerra	94
Moralista y artista	96
Los actores	98
La multitud	103
Un filósofo americano	106
Los clubes	107
‘Fidelis ad Urnum’	108
Un misterio teológico	110
La prueba de la verdad	111
Bajezas literarias	112
Vandalismo virtuoso	114
Una nota al pie sobre el duelo del sexo	120
El alcohol	124
Pensamientos sobre lo voluptuoso	127
El santo matrimonio	129
‘Dichtung und Wahrheit’	130
A ciegas	132
Beethoven	134
El arte tonal	136

Los zoológicos	141
Sobre escuchar a Mozart	147
Camino de la duda	148
Una nueva utilidad para las iglesias	149
La raíz de la religión	151
El libre albedrío	152
‘Quid est Veritas?’	156
La recompensa del que duda	157
Ante el altar	158
La máscara	159
‘Pia veneziani, poi cristiani’	160
De quita y pon	162
Teología	163
‘Exempli gratia’	165

## «ALGO QUE DE ALGÚN MODO DESACREDITA A ALGUIEN»

### I

Henry Louis Mencken (1880-1956) nació y murió en Baltimore, la ciudad de Edgar Allan Poe, John Waters y *The Wire* —como él, tres excelentes ejemplos de claridad en la expresión, causticidad en la mirada y cierta inclinación antisocial.

Su padre tenía una tabacalera, pero él prefirió el periodismo. En particular, colaboró con el *Baltimore Sun* como columnista y con el *Smart Set* como crítico literario, para acabar fundando su propia revista, *The American Mercury*. Fue una figura de renombre: trató a escritores como Scott Fitzgerald, Sinclair Lewis o Anita Loos; a pesos pesados de la edición como Alfred Knopf y a nuevas promesas de las letras, como la posteriormente controvertida (y a mi juicio siempre estomagante) Ayn Rand. Famosa fue su oposición al fundamentalismo religioso, con la que logró que en el estado de Arkansas se aprobara una moción para rezar por su alma.

Sus controversias le valieron el apodo de «Sabio de Baltimore» y su fama llevó a que en 1960 Gene Kelly lo interpretara en *Heredarás el viento*.

## II

Era lenguaraz, pero no un bocazas.

Uno intuye que cuando Mencken critica no es por lucirse, sino porque el tema le apasiona.

Cortejó con pasión la lengua inglesa, tanto como para dedicarle a su variedad americana un libro –*The American Language*, 1919– que supuso una auténtica declaración de independencia lingüística. Su escritura era contundente y despierta, y un siglo más tarde sigue sin sonar embalsamada. De su gusto por la música (amaba a Beethoven, aunque también a Mozart, Strauss o Shumann) tomó un modo de armar las frases tan claro, armónico y espontáneo que sólo puede ser obra de un trabajador incansable. De su amor por el periodismo (que tildó de «vida de reyes») robó el don de la oportunidad y la prohibición absoluta de aburrir al lector. Al traducir sus textos uno se siente en presencia de alguien elegante hasta en el modo en que se permite algún que otro descuido, como el dandy que se afloja el nudo de la corbata aposta.

Murió en sueños, tras haber ordenado sus papeles para la posteridad y brindarnos un epitafio que muchos firmaríamos: «Si, habiendo dejado yo este valle de lágrimas, me recuerdas y deseas agradar a mi espíritu, perdona a algún pecador y guíñale el ojo a alguna chica poco agraciada».

## III

De haber podido formar un ejército, Mencken habría reclutado a gente como Twain, Bierce, Conrad, Kipling, Huxley, Darwin o Nietzsche.

De haber tenido pelos en la lengua, nunca habría soltado perlas como ésta: «Nadie se ha arruinado jamás por subestimar el gusto del público americano», que, si bien suena a majadería, también resume con tino gran parte de lo que aún hoy se lee en los periódicos.

O ésta: «Puritanismo: el pavor que provoca pensar que alguien, en algún lugar, es feliz».

De haber estado libre de contradicciones no habría invertido media vida en poner verdes a los estados sureños y a la institución del matrimonio, para luego casarse con una chica de Alabama que, por desgracia, le dejó viudo cinco años más tarde.

Importa repetirlo: no estaba libre de contradicciones. Sobre todo, porque en retrospectiva el personaje puede antojársenos tan pesado como el cuñado borracho que saca a colación la política en el funeral del abuelo. Claro que —de usar ese baremo— también deberemos admitir que, tanto en expresión como en capacidad de disensión, la nuestra es sin la menor duda una época infinitamente más mojigata y frígida que la suya.

El caso es que se le acusa con razón de antidemócrata, racista, misógino y antisemita. Y es cierto, pues, aunque siempre creyó en la libertad de expresión, jamás dio un duro por la democracia, que definía como el «arte de manejar el circo desde la jaula de los simios»; hoy sus comentarios sobre los «piojosos griegos» le llevarían a juicio; sus sentencias sobre las mujeres —«Misógino: hombre que odia a la mujer tanto como ellas se odian entre sí», escribió— no son de recibo, por mucho que admitiera que el sexo masculino tampoco es para tirar cohetes pues, como afirmó en *En defensa de las mujeres*, estaba «per-



suadido de que la mujer normal y corriente, sean cuales fueren sus defectos, es infinitamente superior al hombre medio». Y, en cuanto a los judíos, bueno, si bien es cierto que los tildó de corruptos e indignos, también lo es que, como apuntó Gore Vidal, ya en 1938 fue uno de los pocos estadounidenses en reclamar ayuda para los judíos alemanes y criticar al presidente Roosevelt por negarse a admitir refugiados judíos.

Añadamos también que se descojonó todo lo que pudo de los religiosos, de la osteopatía, del Ku Klux Klan, de las ínfulas de superioridad de los anglosajones, de Einstein, de los zoológicos y de los políticos; que jamás dejó por ello de tomarse en serio a todo el mundo y que seguramente no hubo en ningún tiempo un agnóstico que conociera mejor la Biblia... tal vez porque, como ese personaje de Evelyn Waugh, creía que eso de poner verde un libro que uno no ha leído resulta aburrido.

#### IV

Hay, a mi juicio, dos conceptos que sirven como entrada al universo Mencken.

El primero es el del hombre «común y corriente», el hombre normal, u «ordinario». Mencken lo define como aquél que «en realidad no quiere ser libre, pues sólo anhela sentirse a salvo».

El segundo concepto es el de verdad, tal como lo define: «algo que de algún modo desacredita a alguien».

Mencken ve el mundo como un lugar donde impera el miedo, poblado por una mayoría irreflexiva y cobarde que, con tal de sentirse a salvo, siempre está dispuesta a acep-

tar lo que sea y a cambiar de opinión. Y a la verdad como un ejercicio de valentía, cuyo más alarmante efecto secundario es su capacidad para dejar en evidencia a la gente que teme no sentirse segura.

Así se explica cuál es la misión del escritor: dejar en evidencia a quien es lo bastante hipócrita como para tragarse cualquier cosa con tal de protegerse del miedo.

## V

La presencia de Mencken en nuestra lengua es parca: a pesar de contar con admiradores como Fernando Savater o Guillermo Cabrera Infante, y con traductores de peso como Eduardo Goligorsky o Miguel Martínez-Lage (al alimón con Eugenia Vázquez), apenas han aparecido tres traducciones suyas hasta la fecha. Esta nueva selección que presentamos ahora pretende ser también una especie de «crestomatía», en el sentido etimológico y didáctico que tanto amaba Mencken: *crestomatía*, del griego *chrēstós* —«útil, bueno, honrado»— y *manthánō* —«aprender»—; es decir, una ayuda para el estudio de las cosas útiles.

Engloba artículos suyos que he juzgado representativos y que, tras haber aparecido en prensa, formaron luego parte de diversas antologías. En este sentido, se nutre más que generosamente de *Damn! A Book of Calumny: Essays of Abuse and Vituperation*, aparecido en 1918 y que, ahora que cumple un siglo, sigue siendo —en mi opinión, claro está— la mejor introducción posible al autor y sus obsesiones.

Salvo en casos muy circunstanciales se han evitado las notas al pie, por dos razones: 1) estamos en 2018 y hoy el

lector interesado tiene a su disposición la Red para ahondar en cualquier tema que le atraiga –más aún cuando se ha procurado incluir el nombre completo de los personajes que se citan–, y 2), muchas de las alusiones a personajes históricos quedan razonablemente explicadas por el contexto y no interfieren en la lectura. Además, el lector avisado advertirá que, si bien los personajes citados han pasado a la posteridad, las actitudes que Mencken denuncia siguen vivitas y coleando, y sabrá reconocer en ellas el tufillo de lo familiar.

Por último, agradecer a Carmen Corral y a Oleg Panczenko, de The Friends of the H. L. Mencken House, la ayuda mostrada para llevar a cabo este proyecto y desear que la lectura de este libro libere a quien se acerque a él del puritanismo en el sentido menckenano: esto es, del miedo a ver que la gente es feliz.

*Íñigo García Ureta*

## DE LA FELICIDAD

### I

Un joven que afirma haber nacido judío en el seno de una familia ortodoxa me remite la siguiente carta, que por lo que sé es auténtica:

Tengo 25 años. No soy viejo, pues los ancianos son considerados; no soy sabio, ya que contados son los sabios. Pero la vida me ha cambiado. Soy casi un ateo. Casi, porque no puedo desechar ese miedo a lo desconocido que de niño me taladraron en el corazón. Todavía temo débilmente ese Algo. Sin embargo, no puedo creer en la Biblia, ni puedo aceptarla como don de Dios. La sencilla razón es que algo me dice que la muerte es el final de todo y que la fuerza que insufla vida es la Naturaleza, una naturaleza que no realiza milagros. Y con esta idea han llegado a mí la miseria, la infelicidad, el deseo de abandonar esta vida. ¿Acaso la iluminación trae consigo la desdicha? ¿Acaso la no creencia trae consigo la infelicidad?

---

Aparecido originalmente en el *Baltimore Evening Sun*, 9 de mayo de 1927.

Desconozco por qué este joven me consulta a mí este problema, en vez de acudir a un clérigo, salvo, claro está, que haya reconocido mis grandiosas dotes teológicas. Mi consejo para él no difiere apreciablemente del que iba a recibir de un fiel de la técnica espectral común y corriente. (Como es natural, cuando digo un fiel común y corriente me refiero a un verdadero creyente, y no a uno de esos desvergonzados caraduras que tratan de ocultar su agnosticismo tras lo que denominan «modernismo teológico»). El caso es que le sugiero probar su escepticismo durante seis meses. Y si, al final de ese tiempo, se encuentra con que sus efectos sobre él siguen siendo indistinguibles de los de un caso grave de cólera morbo, entonces le aconsejo acudir al rabino ortodoxo más cercano, informarle de sus problemas, pagar la multa (en el caso de que una circunstancia así requiera una multa) y reconciliarse con la fe de sus padres.

¿Y por qué no, de hecho? Lo que le aqueja es simplemente orgullo, un orgullo que no hace mucho tiempo la Santa Iglesia puso entre los siete pecados capitales. Siendo incapaz por su formación, y quizás también por naturaleza, para una vida de duda, y atraído a ella a los veinticinco años de edad por culpa de la retórica de los hombres de muy diferente condición, ahora siente vergüenza al admitir que desea volver al lugar de donde vino. Pero, ¿por qué debería sentir vergüenza? Algunos hombres nacen religiosos, como otros nacen con las piernas largas o las orejas puntiagudas. Si ésta es la inclinación de su naturaleza, deben seguirla. Es más, creo que están inevitablemente obligados a hacerlo. En el momento en que salen fuera

de las fronteras de la fe se vuelven infelices. Y si intentan desesperadamente rebelarse contra su inclinación interna y obstinarse en seguir fuera de dichas fronteras, su infelicidad se convierte en algo insoportable. Cada año se ven miles de estos tristes casos en las universidades del mundo. Algunas de las víctimas se ahorcan. Sin embargo, al alcanzar la treintena la gran mayoría está más cómoda dentro del redil de lo que lo estuvo en su primera juventud, tal y como también les sucedió a sus padres.

## II

En ocasiones, buscando desagradar a aquellas personas que no me guardan cariño, propongo una vasta campaña de educación llamada a tener lugar en los difuntos estados confederados, con la que dar a conocer a los jóvenes de la región los rudimentos de las ciencias físicas, y rescatarles así de la teología ingenua y negroide de sus mayores. Pero nadie que realmente me conozca se toma nunca en serio dicha propuesta, porque la gente que me conoce sabe que nunca hago nada para llevarla a cabo. Es más, saben que me quejaría si otros se atrevieran a emprenderla. Pues, ¿por qué debería emprenderse? ¿Por qué debería yo (o cualquier otro) preocuparme por lo que creen los niños y niñas de Georgia, Mississippi o Tennessee? Y, sobre todo, ¿por qué alguien querría cambiar sus creencias por otra cosa? ¿Es su religión una memez? En tal caso, su ciencia también sería una memez. Y si, como parece probable, en realidad son una pandilla de paletos, entonces no habrá forma humana de curar su pa-

letismo. Cada intento de hacerlo acudiendo a la lógica sólo podrá tener como resultado volverles infelices. Y ¿por qué deberíamos amargarles la vida?

Soy, en efecto, enemigo de todo tipo de proselitismo, ya esté de mi lado o de cualquier otro lado. En mi opinión, lo que impulsa las nueve décimas partes de todo proselitismo es simplemente la certeza de contar con los resultados que acabo de mencionar. Cualquier pretensión de lograr otra cosa es una majadería. El proselitismo sólo busca la satisfacción de hacer infeliz a alguien: ese anhelo es casi tan universal entre sus defensores como la sed en los congresistas que defienden la templanza alcohólica. A veces se engañan a sí mismos, aunque probablemente no a menudo. Con independencia de la bandera que enarbole, un aguafiestas es siempre un aguafiestas. Lo que ambiciona por encima de todo es encontrar resistencia. Quiere acabar con ella, forzar sus ideas en sus víctimas, verlos retorcerse y sufrir. Si los chinos pidieran misioneros, sería difícil encontrar reclutas para semejante misión. Pero si los chinos quieren rebelarse contra ellos y pueden acabar siendo infelices por su culpa, entonces cada YMCA del mundo estará atiborrado con candidatos.

### III

En este aspecto, por la gracia de Dios, tengo la conciencia perfectamente limpia –tal vez este propio alarde sirva como plausible agente moral–. En la vida he intentado conscientemente convertir a nadie a ninguna fe. Al igual

que cualquier otro hombre que de cuando en cuando grita desde un estrado, he logrado algún que otro converso, sí, y en ocasiones, cuando mi boquilla ha estado bien afinada, he logrado más de uno. Pero nunca fue algo deliberado, ni me brindó jamás la menor satisfacción, pues, junto con el misionero, un converso es la especie más aberrante que puedo imaginar. No me gustan las personas que cambian sus ideas básicas, ni me gustan cuando las cambian por buenas razones ni cuando las cambian por malas. Un converso que abraza una buena idea es simplemente un hombre que admite que antes era un borrico, y de seguro lo sigue siendo. Cuando un hombre así me otorga la garantía de que mi elocuencia le ha hecho cambiar de parecer, me siento como si me hubiera confesado que, siguiendo mis consejos, ha empezado (o dejado) de zurrar a su esposa.

No, no es agradable entrar en contacto con tales almas flácidas, en tanto que carecen de personalidad y amor propio. Su existencia amarga la vida de todo aquél que se ocupa de las ideas. Con independencia de cuáles sean sus principios, son siempre preferibles los contrincantes duros. Y los que parecen carecer de todo sentido son los más atractivos de todos, como sucede por ejemplo con ciertas variedades de pastores evangélicos. He conocido a muchos de estos pastores, y estimado a no pocos. Aunque debo añadir que sólo a los que no tenían éxito, a los que rara vez o nunca se tomaron la molestia de salvar un alma. Ellos creían a pies juntillas en su deprimente basura, pero no pretendían inculcársela a ninguno de sus inferiores o sus superiores. No eran unos aguafiestas.



Por desgracia, hay muy pocos de esos pastores en la comunidad cristiana, especialmente en los Estados Unidos. La gran mayoría, olvidando su oficio de dirigir el culto, se dedican principalmente a acosar a personas que no desean unirse a ellos. De por sí, este acoso ya es bastante malo cuando no cumple su propósito, pero cuando lo logra tiene como consecuencia un aumento en la suma de la degradación humana, a vista de todos. Es bien sabido que los creyentes innatos sospechan siempre de los conversos. No es de extrañar. Precisamente por la misma razón que los automovilistas sobrios sospechan de los conductores ebrios, y los agentes de la prohibición de los prohibicionistas.

#### IV

Mi interlocutor plantea una cuestión que no puede ser respondida aquí brevemente: al menos se necesitarían cinco o seis columnas. Tiene que ver con los efectos emocionales del escepticismo. ¿Es el escéptico un hombre siempre feliz, en el sentido de que es feliz aquel que cree que Dios cuida de él? Tiendo a dudarlo, al menos en privado. Aquí los piadosos parecen sacarles un poco de ventaja a los que dudan. Inmersos en su fe, gozan de un sereno sosiego que rara vez se aprecia en un hombre de mente inquieta e inquisitiva. De aceptar esta definición de felicidad, entonces las personas más felices del mundo son probablemente los seguidores de la Ciencia Cristiana, al menos hasta que se ven aquejados de apendicitis o cálculos biliares.

Pero hay un tipo de satisfacción que atrae a ciertos tipos de hombres robustos, aunque es un tipo de satisfacción

sui generis. Guarda la misma relación con la satisfacción normal y corriente que la satisfacción de un soldado en servicio activo con la del hombre que está salvo en su casa. El hombre que está en su casa se encuentra seguro, mientras que el soldado corre un riesgo considerable de que lo maten o hieran. Pero, ¿quién podría argumentar que el hombre en su hogar es en verdad más feliz que el soldado, siempre en el supuesto de que el soldado sea un voluntario? El primero está cómodo, y por lo tanto también feliz. Pero, aunque en grave peligro, el segundo también está feliz, y me inclino a pensar que a menudo su felicidad es de una variedad sensiblemente superior.

Así sucede también con el escéptico. Sus dudas, si son reales, tienden a hacerle sentirse incómodo, y por lo tanto infeliz, porque le afectan tanto como las certezas a sus compañeros.

Lo que a la larga le consuela, supongo, es que se sabe capaz de enfrentarse a ellas. No tropieza ni se alarma, como le sucede a mi corresponsal; al contrario, obtiene una emoción positiva al sentirse incómodo, al igual que el soldado siente una emoción similar al estar en peligro. ¿Son estas emociones equivalentes a lo que alguien racionalmente podría describir como felicidad, pueden acaso equipararse a la comodidad y a la seguridad del hombre de fe? ¿Pregúntame algo más fácil! ¿Es una rubia más hermosa que una morena? ¿Es la variedad de cerveza Dunkel mejor que la variedad Helles? ¿Es Los Ángeles el peor lugar de Estados Unidos, o únicamente uno de los peores? Al ser preguntado, el escéptico dirá que sí; el creyente dirá que no. De modo que ya ves.

